

blos, Cromberger, Museti, Ricardo, pese a las supuestas dificultades que los no castellanos tenían para pasar al Nuevo Mundo.

B. Libros exportados

Del tipo de libros exportados a América por los grandes libreros dan fe sendas memorias, una de los enviados por Benito Boyer a Diego Navarro Maldonado, de México, en 1584⁵⁴, y otra de los enviados por la viuda de Juan Boyer a Alonso Ruiz, de Lima, en 1601⁵⁵. El total de libros contenidos en ambos documentos es de 3.498, correspondientes a lo que se denominaban cuerpos de libros y no títulos diferentes.

El desglose por materias es complicado. La experiencia que hemos ido tomando con el manejo de bibliotecas privadas nos hace pensar que hay que tener muchas precauciones a la hora de etiquetar un libro en el Siglo de Oro. Por ejemplo, la literatura de entretenimiento: probablemente tan de entretenimiento era considerado un *Amadís* como uno de los múltiples libros acerca de la vida de un determinado santo. Hoy no nos atreveríamos a englobarlos en un mismo género, pero los libreros no hacían distinciones y los tenían juntos. Tan caballerescas debían resultar las aventuras del *Cifar* como las de Caterina de Sena, unas por el amor de una dama, a lo humano, y otras por amor de Dios, a lo divino.

Hecha esta salvedad, hemos procedido a una clasificación según esquemas actuales. Como ejemplo sirve el apartado de religión, en el que hemos asimilado libros de latín y de romance, *Sumas* de Santo Tomás y el *De Anima* de Cayetano de Vío junto al *Memorial* de Fray Luis o a los *Fonseca*s del *Amor de Dios*, aunque probablemente su público y las motivaciones de sus lectores fueran bastante diferentes.

En cifras absolutas, la relación por materias es la que sigue:

Materia	Romance	Latín	Total
Religión	1.215(34,73%)	1.189(33,99%)	68,72%
Humanidades	73(2,08%)	436(12,46%)	14,05%
Literatura	224(6,40%)	— —	6,40%
Leyes	115(3,28%)	36(1,02%)	4,30%
Ciencia	76(2,17%)	8(0,22%)	2,39%
Filosofía	6(0,17%)	61(1,74%)	1,91%
Historia	49(1,40%)	— —	1,40%

El peso del libro de religión, tanto de latín, que suponemos para uso de hombres de la Iglesia, como de romance, asequible a cualquiera, es absoluto. Los objetivos castellanos respecto de América fueron, fundamentalmente, la evangelización y la europeización, o la reconversión de la sociedad precolombina según esquemas europeos y su adecuación moral y material a los hispanos. Puesto que la Religión estaba por

⁵⁴ Francisco Fernández del Castillo, *Libros y libreros en el siglo XVI*, 2.^a ed., México 1982, págs. 263-281.

⁵⁵ A.H.P.V., protocolos, leg. 6.279, fol. 198.

encima de todo, el libro religioso fue considerado el más necesario para el Nuevo Mundo. A diferencia de otros tipos de obras, aquí no puede hablarse de unos pocos libros o de unas cuantas docenas, la exportación de los libros religiosos se hizo por centenares de cuerpos, como los 400 *Modos de rezar el Rosario* del padre Gaspar Asteite, impresos en Burgos por Felipe de Junta y Juan Varesio en 1598; o los 101 *Compendio y Summario de confesores y penitentes* de Azpilcueta, los 211 *Contemptus mundi*, los 100 *Explicación de la bulla* del portugués Manoel Rodríguez, etc. Importante es también el apartado de rezo, en el que entran los «Noventa Bribiarios finos con officios de España y sançtos añadidos deste año de mill y seisçientos y uno enquadernados en bezerro negro dorados todos cortes y tablas lomo quajado maneçillas de pilarexo recias y anchas a veinte y seis reales», que abre el apartado, seguidos de *Diurnales*, *Epactas*, *Misales*, *Oficios*, *Breviarios*, etc., en la memoria de la viuda de Juan Boyer a Alonso Ruiz.

Comentario aparte merecen las 200 *Biblias de Vatablo* incorporadas por Benito Boyer a su envío y que tantos problemas le causaron con la Inquisición de México.

Impresa por Andrea Portonaris en Salamanca, en 1555, fue incluida en el *Índice* de Valdés y engrosó el grupo de los libros malditos, o cuando menos problemáticos. De ella han tratado Marcel Bataillon⁵⁶ y Francisco Fernández del Castillo.

La historia que relaciona a dicha Biblia con la Inquisición de México comenzó realmente en 1579, cuando ante el escribano Diego de Espinosa, en Medina del Campo una vez más, se presentaron Gaspar de Portonaris⁵⁷ y sus acreedores Benito Boyer, Bernardino de Espinosa, Dionís Renaud, Antonio de Urueña y Juan Lippeo «en nombre de Pedro Belero, flamenco vecino de Amberes». Decían de Gaspar de Portonaris que «de presente no tiene posibilidades para nos pagar las dichas deudas, si no imprime la Biblia de Vatablo, que tiene licencia de su Magestad para la imprimir y por falta de dineros se ha dilatado».

Gaspar de Portonaris no podía pagar en metálico, por falta de todo recurso, pero tampoco buena parte de sus acreedores estaban sobrados. En consecuencia, todos estuvieron conformes en que fuesen dos grandes los que asumiesen la cara económica del proyecto: Benito Boyer y Guillaume Rouille. Dicho proyecto contemplaba una jornada de 1.000 cuerpos y a cambio de adelantar el dinero de la letrería —encargada al fundidor Pedro de Robles y no Plantino— y del mantenimiento de Gaspar de Portonaris y sus oficiales, a siete ducados por cada semana de impresión, Boyer, por la parte que le tocaba y en nombre de Rouille, se hizo cargo de la exclusiva de su distribución y venta.

Documentalmente las primeras *Biblias* comercializadas parecen haber sido las enviadas a México, a Diego Navarro Maldonado, en 1584. En carta de 9 de junio de dicho año Benito Boyer afirmaba: «En la dicha cargazón van doscientas Biblias de Vatablo; las cincuenta de papel de marca mayor bastardo, que se imprimieron para personas principales, y la dicha Biblia se ha acabado de imprimir poco ha y todas están en mi poder, que no se hicieron más de mil». La decisión de enviar partida

⁵⁶ Marcel Bataillon, Erasmo y España, I.^a reimpr., Madrid 1979, págs. 741 y ss., «En 1569 el editor aprovechaba disposiciones más benignas de la Inquisición para obtener licencia de imprimir de nuevo la "Biblia de Vatablo" previa corrección de los teólogos de Salamanca, y entraba en pláticas con Plantino para comprarle ciertos caracteres nuevos destinados a esta reimpresión. La empresa no había de verse coronada hasta quince años después». También Claudio Miralles de Imperial y Gómez, «Censura de publicaciones en Nueva España (1576-1591). Anotaciones documentales», Miscelánea Americanista, II (1951) 219-248.

⁵⁷ A.H.P.V., protocolos, leg. 6.721, fol. 638.

tan importante a América puede estar en el hecho de que la *Biblia de Vatablo* era un libro con fama de sospechoso y de que, contando con la licencia de impresión del Consejo Real, carecía del visto bueno del Santo Oficio de la Inquisición. A un librero que tenía entre sus manos una edición en la que había invertido una cantidad de dinero importante le era muy duro esperar las bendiciones de la Iglesia, así que comenzó su distribución por donde se pensaba podía pasar desapercibida. Desgraciadamente, no fue así y Benito Boyer se vio inmerso en la desagradable tarea de desandar el camino recorrido. Primero hubo de someterse a la pertinente censura, tras la cual envió a Diego Navarro Maldonado doscientos pliegos impresos con las correcciones. Los libreros sevillanos Juan Mexía y Antonio Viñas aprovecharon el intervalo para introducir cizaña advirtiendo a los libreros americanos contra «esos extranjeros», que se les habían atravesado en el comercio sevillano, y de la manera en que Juan Boyer había hecho embarcar secretamente las Biblias en la capital andaluza. Ésta sería la solución del vacío documental: que los grandes libreros se desplazaran personalmente a Sevilla a gestionar sus exportaciones. Es una de las razones por las que nos hemos extendido en el caso; la otra es la relativa libertad de embarque de libros a América, pese a una serie de pragmáticas que, en teoría, limitaban la exportación del libro de entretenimiento.

Tras una serie de idas y venidas y el secuestro de los ejemplares en el convento de Santo Domingo de México, las Biblias, censuradas conforme al pliego remitido, pudieron ser vendidas libremente.

El segundo gran grupo de libros exportados es el de los englobables dentro de «erudición y letras humanas», en terminología de la época. Es otro grupo del que cabría decir bastante, ya que probablemente algunas traducciones de clásicos pudieran asimismo ser consideradas literatura de entretenimiento. El grupo está dominado por obritas baratas cuya finalidad era el aprendizaje del latín, hasta el punto de que el *Arte del Antonio* representa el 73,3% del total.

La literatura está representada por *Espejo de caballerías* (16 ejemplares), *Amadís de Grecia* (12), *la Araucana* de Ercilla (12), el *Romancero historiado* de Lucas Rodríguez (12), *Romancero* de Padilla (9), *Orlando furioso*, *Segundo Cancionero* de Jorge de Montemayor, *Florisel de Niquea* de Feliciano de Silva y las *Obras* del poeta y organista Gregorio Silvestre (8), acompañados de otras obras menos numerosas, entre las que cabe señalar los cuatro del *Amadís* (5), *Celestina* (1), *Belianís de Grecia* (3), *Celidón de Iberia* (7), el *Caballero Determinado* de Olivier de la Marche (5), y *Olivante de Laura* (4). Merece la pena una detención en este punto, ya que en 1531 una Real Cédula se hacía eco del paso a Indias de «muchos libros de romance, de historias y de profanidad, como son el *Amadís* y otros de esta calidad»⁵⁸. A ella cabe sumar otra del 29 de septiembre de 1543, que insistía en el deseo de anular el paso a América de libros «de materias profanas y fabulosas e historias fingidas»⁵⁹, con la ampliación de la prohibición a su tenencia en casa y, sobre todo, al acceso a ellos de los indios⁶⁰. En 1556 seguía en pie la orden de registro de naves a la búsqueda de libros

⁵⁸ R. Arciniega, «La prohibición de libros en América», *Cuadernos Americanos*, LXXXIV (1955) 197-204.

⁵⁹ Juan Friede, «Las pragmáticas españolas sobre la impresión de libros en el siglo XVI», *Revista de Historia de América*, 47 (1955) 46-53.

⁶⁰ Arciniega, op. cit., pág. 202.